

Introducción a la semana

El pecado y el perdón son los motivos principales de la liturgia de esta semana. Motivos muy cuaresmales, ya que este tiempo de penitencia nos recuerda la necesidad de convertirnos (es decir, de alejarnos del pecado) y de acogernos a la misericordia de Dios (es decir, a su perdón). Daniel confiesa las iniquidades del pueblo, su cerrazón a las palabras de los profetas que le hablaban en nombre de Dios; pero, a la vez, reconoce la piedad y el perdón a los que el Señor está dispuesto, y cuya compasión paternal proclamará el evangelio, invitando a imitarla.

El mismo Dios exhorta al pueblo a purificarse, a obrar el bien, a defender a los desvalidos; y asegura que sus pecados pueden desaparecer dando lugar a algo mucho más hermoso. ¿De qué manera? Un camino sencillo consiste en seguir con docilidad la enseñanza de quienes guían nuestra fe –aunque a veces su conducta no se ajuste del todo a sus palabras- para acertar más fácilmente con la voluntad de Dios. Pero sobre todo la superación del pecado vendrá de la mano de Aquel que “no ha venido para que le sirvan, sino para dar su vida en rescate por muchos”, como él mismo anunció.

Así, pues, se nos anima a confiar plenamente en el Señor, que conoce bien nuestro corazón y dará a cada uno “según el fruto de sus acciones”. Se subraya, no obstante, que sus preferencias están a favor del que sufre injustamente (parábola del rico y del pobre Lázaro) y del que se arrepiente sinceramente de sus pecados, y hace fiesta por el hijo extraviado que regresa (parábola del “hijo pródigo”).

Lun
13
Mar
2017

Evangelio del día

II semana de Cuaresma

“Sed compasivos como vuestro Padre”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Daniel 9, 4b-10

¡Ay, mi Señor, Dios grande y terrible, que guarda la alianza y es leal con los que lo aman y cumplen sus mandamientos!
Hemos pecado, hemos cometido crímenes y delitos, nos hemos rebelado apartándonos de tus mandatos y preceptos. No hicimos caso a tus siervos los profetas, que hablaban en tu nombre a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra.
Tú, mi Señor, tienes razón y a nosotros nos abrumba la vergüenza, tal como sucede hoy a los hombres de Judá, a los habitantes de Jerusalén y a todo Israel, a los de cerca y a los de lejos, en todos los países por donde los dispersaste a causa de los delitos que cometieron contra ti.
Señor, nos abrumba la vergüenza: a nuestros reyes, príncipes y padres, porque hemos pecado contra ti.
Pero, mi Señor, nuestro Dios, es compasivo y perdona, aunque nos hemos rebelado contra él. No obedecemos la voz del Señor, nuestro Dios, siguiendo las normas que nos daba por medio de sus siervos, los profetas.

Salmo de hoy

Sal 78, 8. 9. 11. 13 R/. Señor, no nos trates como merecen nuestros pecados

No recuerdes contra nosotros las culpas de nuestros padres;
que tu compasión nos alcance pronto,
pues estamos agotados. R/.

Socórrenos, Dios, Salvador nuestro,
por el honor de tu nombre;
líbranos y perdona nuestros pecados
a causa de tu nombre. R/.

Llegue a tu presencia el gemido del cautivo:
con tu brazo poderoso, salva a los condenados a muerte. R/.

Nosotros, pueblo, ovejas de tu rebaño,
te daremos gracias siempre,
cantaremos tus alabanzas de generación en generación. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 6, 36-38

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros».

Reflexión del Evangelio de hoy

Comprensión. Compasión

Avanzando en el camino hacia la Pascua, seguimos profundizando en la conversión cuaresmal. Hoy Jesús nos pide tener sentimientos similares a los suyos. Y, lo que es más importante, no quedarnos en los sentimientos, sino servirnos de ellos para pasar a la acción. El modelo siempre es el mismo: el amor samaritano. Seguro que tanto el sacerdote como el levita de la parábola tenían los mejores sentimientos hacia el pobre enfermo al borde del camino, pero pasaron de largo con sus nobles emociones. No sabemos gran cosa de los sentimientos del samaritano, pero intuimos que los tenía parecidos y, sin pensarlo dos veces, en caliente, los convirtió en algo más que mera compasión.

El gesto de aquel hombre, oficialmente pagano, se convirtió en el modelo más acabado de todo el que quiera ser profundamente humano e intente humanizar su entorno. Lo más noble que podemos hacer como personas es practicar la cultura del respeto a la dignidad del otro, sea quien sea, muy en particular con quien pueda encontrarse necesitado.

Los sentimientos y los afectos llegan hasta donde llegan. Pero el amor de Jesús, que nos coloca a este hombre como modelo, está presidido por un principio de absoluto realismo. Realismo que se pueda comprobar y verificar como en el caso del samaritano. Amar es hacer el bien, como el samaritano con el judío de la parábola. Amar es poner el remedio a cada uno de los aspectos concretos y materiales que el prójimo padece. Es amar al menos con el ejemplo que Jesús quiere y pide.

Y perdonad

Ante todo, hay que ser muy honrados al hablar del perdón. No podemos banalizar algo que, evangélicamente hablando, es primordial. Porque hablamos del perdón evangélico, que no es un acto de justicia, sino de misericordia. El perdón entre nosotros, brota siempre de nuestra filiación divina y, consiguientemente, de la fraternidad humana. El cristiano perdona porque su Padre, Dios, le ha perdonado antes a él. Perdona quien se sabe perdonado y, de alguna forma, vive ese perdón de Dios. San Pablo dice a los Efesios: “Perdonaos mutuamente como Cristo os ha perdonado” (4,32).

El perdón es un gesto sorprendente que nace de un amor gratuito y, en particular, del ejemplo y mandato del Señor. Ni exige ni reclama ni pone condiciones. Se realiza por puro amor. Jesús, en el Evangelio, nos invita a que lo hagamos “hasta setenta veces siete” (Mt 18,22), o sea, siempre. Él nos dio ejemplo de lo que pedía, cuando, desde la cruz, oró a su Padre Dios diciendo: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

Este es el perdón que Jesús nos pide. Y este es el respeto que se nos pide también hacia los demás. En lugar de juzgar, comprender; en lugar de condenar, perdonar. Y no ser egoístas, sino generosos, llegando a darnos a nosotros mismos, a ejemplo siempre del mismo Jesús.

¿Qué prevalece en mí, el juicio, la condena, el egoísmo o la fraternidad?

¿Qué me falta y qué me sobra ante estas consignas de Jesús?



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Mar

14

Mar

2017

Evangelio del día

II semana de Cuaresma

“Cesad de obrar mal, aprended a obrar bien”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 1, 10. 16-20

Oíd la palabra del Señor,
príncipes de Sodoma,
escucha la enseñanza de nuestro Dios,
pueblo de Gomorra.

«Lavaos, purificaos, apartad de mi vista
vuestras malas acciones.

Dejad de hacer el mal,
aprended a hacer el bien.

Buscad la justicia,

socorred al oprimido,
proteged el derecho del huérfano,
defended a la viuda.
Venid entonces, y discutiremos
—dice el Señor—.
Aunque vuestros pecados sean como escarlata,
quedarán blancos como nieve;
aunque sean rojos como la púrpura,
quedarán como lana.
Si sabéis obedecer,
comeréis de los frutos de la tierra;
si rehusáis y os rebeláis,
os devorará la espada
—ha hablado la boca del Señor—.

Salmo de hoy

Sal 49, 8-9. 16bc-17. 21 y 23 R/. Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios

No te reprocho tus sacrificios,
pues siempre están tus holocaustos ante mí.
Pero no aceptaré un becerro de tu casa,
ni un cabrito de tus rebaños. R/.

¿Por qué recitas mis preceptos
y tienes siempre en la boca mi alianza,
tú que detestas mi enseñanza
y te echas a la espalda mis mandatos? R/.

Esto haces, ¿y me voy a callar?
¿Crees que soy como tú?
Te acusaré, te lo echaré en cara.
El que me ofrece acción de gracias,
ése me honra;
al que sigue buen camino
le haré ver la salvación de Dios». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 23, 1-12

En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a los discípulos, diciendo:
«En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid todo lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos dicen, pero no hacen.
Lían fardos pesados y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar.
Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y agrandan las orlas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias en las plazas y que la gente los llame “rabí”.
Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar “rabí”, porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos.
Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo.
No os dejéis llamar maestros, porque uno solo es vuestro maestro, el Mesías.
El primero entre vosotros será vuestro servidor.
El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Reflexión del Evangelio de hoy

Cesad de obrar mal, aprended a obrar bien

Ya en el antiguo Testamento, nuestro Dios es el gran perdonador. Primero, cómo no, nos quiere convencer de que por el camino del bien, por el camino del amor al oprimido, al huérfano, a la viuda... nos va ir mucho mejor que por el camino contrario. “Cesad de obrar mal, aprended a obrar bien”. Pero si por debilidad, por descuido, por... no hacemos caso a Dios, y, arrepentidos, de nuevo buscamos su rostro, siempre estará dispuesto a acogernos y perdonarnos. “Aunque sean vuestros pecados como la grana, como nieve bloquearán; aunque sean rojos como escarlata, como lana blanca quedarán”. Así es nuestro Dios, no sabe de rencor, de represalias, no sabe permanecer en el enfado, no sabe de “el que me la hace me la paga”. Siempre tiene la mano levantada para ofrecernos su perdón, su amor. Como no podía ser de otro modo, Jesús, el Hijo de Dios, sigue su misma línea. Es capaz de perdonarnos hasta setenta veces siete, y nos pide que hagamos nosotros lo mismo con nuestros hermanos. Nuestro código genético, copiado del de Dios, es el amor. Siempre que nos adentremos en el amor, nuestro corazón rebosará de gozo y haremos felices a cuantos nos rodean. Por eso, nuestro Padre Dios, hoy y todos los días, nos pide que no abandonemos nunca la senda del amor.

Todos vosotros sois hermanos

Dos son los fallos principales de los letrados y fariseos: que viven lo contrario de lo que predicán y que se creen superiores al resto de la humanidad. En primer lugar, vivir en la mentira, decir una cosa y hacer otra, es el mejor camino para alejarse de la felicidad. Nadie puede estar a gusto consigo mismo viviendo en la incoherencia: “Ellos no hacen lo que dicen”.
En segundo lugar, el orgullo, la vanidad, la soberbia llevan aparejados creerse por encima de los demás, ser más que los demás. Por eso, se creen

con derecho a ser llamados maestros, jefes... y ocupar los primeros puestos en los banquetes. Se equivocan. Cristo nos lo dice claramente: "todos vosotros sois hermanos". Todos los hombres, aunque con distintos dones y talentos, tenemos la misma dignidad. Nadie en dignidad es mayor que los demás. Todos somos hijos de Dios y hermanos unos de otros. Esa es nuestra única y común dignidad. Y como tales debemos vivir.

Cristo, el Hijo de Dios, el Maestro y Señor, el que está por encima de nosotros... quiso meternos a fuego nuestra fraternidad. Siendo lo que era, ni más ni menos que Dios, se hizo nuestro esclavo, nos lavó los pies, y ocupó el puesto de honor, el primer puesto, el puesto de la cruz, el puesto del supremo acto de amor hacia todos nosotros, sus hermanos. El amor, son las cosas del amor, pide entregar la vida, ponerse al servicio de los que ama. "Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis otro tanto".



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Miércoles
15
Mar
2017

Evangelio del día

II semana de Cuaresma

"El Hijo del Hombre ha venido para dar su vida"

Primera lectura

Lectura del libro de Jeremías 18, 18-20

Ellos dijeron:

«Venga, tramemos un plan contra Jeremías porque no faltará la ley del sacerdote, ni el consejo del sabio, ni el oráculo del profeta. Venga, vamos a hablar mal de él y no hagamos caso de sus oráculos».

Hazme caso, Señor,

escucha lo que dicen mis oponentes.

¿Se paga el bien con el mal?,

¡pues me han cavado una fosa!

Recuerda que estuve ante ti,

pidiendo clemencia por ellos,

para apartar tu cólera.

Salmo de hoy

Sal 30, 5-6. 14. 15-16 R/. Sálvame, Señor, por tu misericordia

Sácame de la red que me han tendido,

porque tú eres mi amparo.

A tus manos encomiendo mi espíritu:

tú, el Dios leal, me librarás. R/.

Oigo el cuchicheo de la gente,

y todo me da miedo;

se conjuran contra mí

y traman quitarme la vida. R/.

Pero yo confío en ti, Señor;

te digo: «Tú eres mi Dios».

En tu mano están mis azares:

líbrame de los enemigos que me persiguen. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 20, 17-28

En aquel tiempo, subiendo Jesús a Jerusalén, tomando aparte a los Doce, les dijo por el camino:

«Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará».

Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos y se postró para hacerle una petición.

Él le preguntó:

«¿Qué deseas?».

Ella contestó:

«Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda».

Pero Jesús replicó:

«No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?».

Contestaron:

«Podemos».

Él les dijo:

«Mi cáliz lo beberéis; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre».

Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra los dos hermanos. Y llamándolos, Jesús les dijo:

«Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo.

Igual que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos».

Reflexión del Evangelio de hoy

Señor, oye cómo me acusan

Entre los servicios que el profeta presta al pueblo está el de ser escudo de la ira de Dios. Jeremías advierte cómo crece el número de sus enemigos hasta el punto de creer que él mismo es pura discordia para todo el pueblo, y más cuando no ha negado ayuda ni consuelo a muchos de los que ahora son sus enemigos. Surge en este conflicto el vigor profético de Jeremías que, cuando todo se le pone en contra y es perseguido injustamente, recurre a la genuina defensa que solo puede estar en manos del Señor. Sus enemigos incurren en la perversión de resistir a Dios en la persona de su portavoz, el profeta, creyendo así defender el honor de Yahvé; algo similar acontecerá más tarde con el Maestro de Galilea, cuyos acusadores creían defender el honor de Dios condenando a muerte al que nos reveló el rostro de un Dios todo ternura y compasión con sus hijos, fuerza y esperanza de los débiles.

El Hijo del Hombre ha venido para dar su vida

En el camino ascensional a Jerusalén, Jesús de Nazaret anuncia por tercera vez su desenlace vital en la ciudad donde mueren los profetas. Servicio a los hombres de la manera más plena: dando la propia vida. Por eso no deja de rechinar el 'despiste' de los apóstoles que no acaban de enterarse de la condición servicial del Maestro y aún creen en reinos y poderes de los primeros lugares. Consabida tentación de la comunidad cristiana en no pocos momentos de su historia. Pero también admirable testimonio de los seguidores en fidelidad de Jesús de Nazaret que se asociaron, y se asocian, al relato doloroso del Calvario. En este contexto no ha lugar a pensar en puestos de poder y honor, por definición desiguales que producen amnesia del necesario servicio al que se debe el seguidor de Jesús. En el proyecto evangélico no cabe ni el ansia de primacía ni la nostalgia de poder, por escaso que éste sea. Jesús no calla ante este déficit fraterno de la comunidad apostólica y en pocas pero certeras palabras, desautoriza todo tipo de autoritarismo y tiranía de los poderosos. Jesús desea para los suyos que adquieran conciencia de servidores generosos y, desde ahí, pongan a la comunidad el sello indeleble del discipulado evangélico, con toda claridad vivido por el Maestro que vino entre nosotros para servir y dar su vida en rescate por muchos.

¿Ponemos la fuerza del Señor en el centro de la comunidad cuando vivimos tiempos de debilidad y persecución?

¿Dónde ponemos nuestra credibilidad cristiana: en nuestra influencia social o en nuestros gestos serviciales?



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Jue

16

Mar

2017

Evangelio del día

II semana de Cuaresma

“Dichoso el hombre que su gozo es la Ley del Señor”

Primera lectura

Lectura del libro de Jeremías 17, 5-10

Esto dice el Señor:

«Maldito quien confía en el hombre,
y busca el apoyo de las criaturas,
apartando su corazón del Señor.

Será como cardo en la estepa,
que nunca recibe la lluvia;
habitará en un árido desierto,
tierra salobre e inhóspita.

Bendito quien confía en el Señor

y pone en el Señor su confianza.
Será un árbol plantado junto al agua,
que alarga a la corriente sus raíces;
no teme la llegada del estío,
su follaje siempre está verde;
en año de sequía no se inquieta,
ni dejará por eso de dar fruto.
Nada hay más falso y enfermo
que el corazón: ¿quién lo conoce?
Yo, el Señor, examino el corazón,
sondeo el corazón de los hombres
para pagar a cada cual su conducta
según el fruto de sus acciones».

Salmo de hoy

Sal 1, 1-2. 3. 4 y 6 R/. Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor

Dichoso el hombre
que no sigue el consejo de los impíos
ni entra por la senda de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche. R/.

Será como un árbol
plantado al borde de la acequia:
da fruto en su sazón
y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin. R/.

No así los impíos, no así;
serán paja que arrebatara el viento.
Porque el Señor protege el camino de los justos,
pero el camino de los impíos acaba mal. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 16, 19-31

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos:
«Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banquetaba cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que caía de la mesa del rico.
Y hasta los perros venían y le lamían las llagas.
Sucedió que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán.
Murió también el rico y fue enterrado. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantó los ojos y vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritando, dijo:
“Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas”.
Pero Abrahán le dijo:
“Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso ahora él es aquí consolado, mientras que tú eres atormentado. Y, además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que los que quieren cruzar desde aquí hacia vosotros no puedan hacerlo, ni tampoco pasar de ahí hasta nosotros”.
Él dijo:
“Te ruego, entonces, padre, que le mandes a casa de mi padre, pues tengo cinco hermanos: que les dé testimonio de estas cosas, no sea que también ellos vengán a este lugar de tormento”.
Abrahán le dice:
“Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen”.
Pero él le dijo:
“No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a ellos, se arrepentirán”.
Abrahán le dijo:
“Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no se convencerán ni aunque resucite un muerto”».

Reflexión del Evangelio de hoy

Las lecturas de hoy parecen ponernos en una bifurcación del camino. ¿Por qué el Señor quiere ponernos en esta situación? Si ya sabemos las consecuencias que tiene el hacer el bien y el no hacerlo, ¿por qué hablar de maldición y bendición, de maleficencia y beneficencia? Adentrándonos y dejándonos iluminar por la Palabra vemos que se nos está hablando de alimento vital: la voluntad de Dios.

Bendito quien confía en el Señor

Jeremías señala que cuando ponemos nuestra confianza en nosotros mismos y apartamos a Dios de nuestra vida, aceptamos que la vida sea un erial: aridez, salobridad, inhospitalidad... muerte. En cambio, depositando nuestra confianza en Dios la vida es un vergel: frescor, verdor, fertilidad... vida.

Elegimos en libertad y, por tanto, nos preparamos los años venideros. Dios reconoce nuestra elección, nuestra conducta, nuestras acciones y nos da a razón de ello. Por tanto, el profeta -al igual que el salmista- nos exhorta a que busquemos alimentar nuestra vida con Dios, siendo su enseñanza -su Ley- el criterio de discernimiento.

No harán caso ni aunque resucite un muerto

En el evangelio de Lucas volvemos a encontrarnos las consecuencias de llevar una vida sin Dios o con Él: la vida sibarita del hombre rico -llamado por la tradición Epulón, que significa hombre que come y se regala mucho- contrapuesta a la constreñida del hombre pobre, Lázaro. El rico se saciaba físicamente con los placeres materiales, pero tenía su corazón vacío; Lázaro, en cambio, sin negar la necesidad fisiológica del alimento, tenía su ser saciado de Dios -muestra de ello es que son los ángeles quienes lo recogen en su muerte y no la tierra, como al rico-. Nuevamente vemos lo importante que es dejarse alimentar por la voluntad de Dios poniendo nuestra confianza en Él y no en nosotros, como dice Jeremías; el salmista, no prestando atención a impíos, pecadores y cínicos; y, Lucas, en este caso, fijándonos en Lázaro.

Esto, quizá, nos puede llevar a tomar varios patrones de ejemplo. Sin embargo, hay una respuesta: imitar a Jesús. Jesús es quien mejor reconoció, conoció, vivió y enseñó la voluntad de Dios; ésta fue su alimento: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra» (Jn 4, 34).

Si queremos al final de esta cuaresma reconocer a Jesús resucitado, que nuestro ayuno sea de injusticia, nuestra oración sea de misericordia y compasión de los pecadores, nuestra limosna de amor ante toda la humanidad.

¿Mi alimento es hacer la voluntad de Dios?



D. Juan Jesús Pérez Marcos O.P.
Fraternidad Laical Dulce Nombre de Jesús de Jaén

Vie
17
Mar
2017

Evangelio del día

II semana de Cuaresma

“Es el Señor quien lo ha hecho, es un milagro patente”

Primera lectura

Primera lectura: Libro del Génesis 37, 3-4. 12-13a. 17b-28

Israel amaba a José más que a todos los otros hijos, porque le había nacido en la vejez, y le hizo una túnica con mangas. Al ver sus hermanos que su padre lo prefería a los demás, empezaron a odiarlo y le negaban el saludo.

Sus hermanos trashumaron a Siquén con los rebaños de su padre. Israel dijo a José:

«Tus hermanos deben de estar con los rebaños en Siquén; ven, que te voy a mandar donde están ellos».

José fue tras sus hermanos y los encontró en Dotán. Ellos lo vieron desde lejos y, antes de que se acercara, maquinaron su muerte. Se decían unos a otros:

«Ahí viene el soñador. Vamos a matarlo y a echarlo en un aljibe; luego diremos que una fiera lo ha devorado; veremos en qué paran sus sueños».

Oyó esto Rubén, e intentando salvarlo de sus manos, dijo:

«No le quitemos la vida».

Y añadió:

«No derraméis sangre; echadlo en este aljibe, aquí en la estepa; pero no pongáis las manos en él».

Lo decía para librarlo de sus manos y devolverlo a su padre.

Cuando llegó José al lugar donde estaban sus hermanos, lo sujetaron, le quitaron la túnica, la túnica con mangas que llevaba puesta, lo cogieron y lo echaron en un pozo. El pozo estaba vacío, sin agua.

Luego se sentaron a comer y, al levantar la vista, vieron una caravana de ismaelitas que transportaban en camellos goma, bálsamo y resina de Galaad a Egipto. Judá propuso a sus hermanos:

«¿Qué sacaremos con matar a nuestro hermano y con tapar su sangre? Vamos a venderlo a los ismaelitas y no pongamos nuestras manos en él, que al fin es hermano nuestro y carne nuestra».

Los hermanos aceptaron.

Al pasar unos mercaderes madianitas, tiraron de su hermano; y, sacando a José del pozo, lo vendieron a unos ismaelitas por veinte monedas de plata. Estos se llevaron a José a Egipto.

Salmo de hoy

Sal 104, 16-17. 18-19. 20-21 R/. Recordad las maravillas que hizo el Señor

Llamó al hambre sobre aquella tierra:

cortando el sustento de pan;
por delante había enviado a un hombre,
a José, vendido como esclavo. R/.

Le trabaron los pies con grillos,
le metieron el cuello en la argolla,
hasta que se cumplió su predicción,
y la palabra del Señor lo acreditó. R/.

El rey lo mandó desatar,
el señor de pueblos le abrió la prisión,
lo nombró administrador de su casa,
señor de todas sus posesiones. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 21, 33-43, 45-46

En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo:

«Escuchad otra parábola:

“Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó una torre, la arrendó a unos labradores y se marchó lejos.

Llegado el tiempo de los frutos, envió sus criados a los labradores para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro y a otro lo apedrearon.

Envío de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último, les mandó a su hijo diciéndose: ‘Tendrán respeto a mi hijo’.

Pero los labradores, al ver al hijo se dijeron: ‘Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia’.

Y agarrándolo, lo sacaron fuera de la viña y lo mataron.

Cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?».

Le contestan:

«Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a su tiempo».

Y Jesús les dice:

«¿No habéis leído nunca en la Escritura:

“La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.

Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente”?

Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de Dios y se dará a un pueblo que produzca sus frutos».

Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos.

Y, aunque intentaban echarle mano, temieron a la gente, que lo tenía por profeta.

Reflexión del Evangelio de hoy

Es el Señor quien lo ha hecho, es un milagro patente

Para cualquiera de nosotros decir ante lo que nos pasa, o vemos que pasa a otros: “Es el Señor quien lo ha hecho, es un milagro patente (Sal 118,22-23)”, es muy fácil cuando todo resulta mejor de lo que esperábamos, pero cuando empieza a salir todo al revés y entramos en la noche del sufrimiento decir esto y vivir en coherencia con ello es un acto de fe y de esperanza.

José, sin saber el final de su prueba, no se quejó, no juzgó a sus hermanos que le hicieron el mal, no reaccionó con violencia. Fue maltratado, despojado de sus vestiduras, objeto de odio y de envidia. ¡Vendido! por aquellos que por vínculo de sangre tendrían que amarlo, cuidarlo o al menos respetarlo. ¡Era un hombre de fe y esperanza!

Allí, en esa noche de sufrimiento, Dios iba gestando el amanecer de la verdadera libertad, suya y de su pueblo.

Sólo desde la fe y la esperanza podemos atravesar las dificultades con la seguridad de que todo saldrá bien. José nos invita a renovar la confianza en la providencia divina, que contando con los errores y pecados de los hombres, nos conduce hacia el fin para el que fuimos creados: la salvación eterna, la felicidad para siempre. Y esto no va a comenzar cuando morimos, ¡no! Empieza ahora, aquí; si acepto vencer el mal a fuerza de bien, si decido aprender a amar cada día y volver a empezar en el mismo momento que me doy cuenta que me estoy encerrando en mi ego. Me parece que José pudo salvarse y salvar a su pueblo porque nunca dejó de confiar, de esperar. Porque su dolor no lo ahogó en sí mismo sino que lo liberó para servir mejor. Así comprobó por experiencia que lo que hizo el Señor en su vida fue una maravilla para él y sus hermanos. Lo comprobó al final porque perseveró en hasta el fin.

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular

¡Jesucristo es la Piedra angular!

Jesucristo fue la piedra angular de toda la vida de José, aunque él no lo supiera y Jesucristo es la piedra angular de tu vida y de la mía aunque muchas veces nos olvidemos y pretendamos edificar nuestras “casas” sin contar con él.

Él, como José, fue traicionado por sus hermanos, fue despojado de sus vestiduras, fue vendido por treinta monedas. Él como José, no profería amenazas; al contrario se ponía en manos del que juzga justamente... (2Pe 21b-24)

Aprendamos de ellos a abandonarnos en manos del Padre. Este abandono no es inacción, al contrario, es discernir la voluntad de Dios y hacerla. El mal no tiene la última palabra, ya está vencido en nuestra Cabeza. Nos toca ahora a nosotros vencerlo, en lo poquito que podamos, en nuestro entorno. Propongámonos hoy devolver bien por mal; esto es poner a Jesucristo como piedra angular de nuestras vidas.

¡Qué hermoso desafío: hacer cuanto bien podamos para terminar el día diciendo: “es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente”!



Monjas Dominicanas Contemplativas
Monasterio Stma. Trinidad y Sta. Lucía (Orihuela)

Sáb
18 Evangelio del día
Mar
2017 II semana de Cuaresma

“Este hijo mío, estaba perdido y lo hemos encontrado”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Miqueas 7, 14-15. 18-20

Pastorea a tu pueblo, Señor, con tu cayado,
al rebaño de tu heredad,
que anda solo en la espesura,
en medio del bosque;
que se apaciente como antes
en Basán y Galaad.
Como cuando saliste de Egipto,
les haré ver prodigios.
¿Qué Dios hay como tú,
capaz de perdonar el pecado,
de pasar por alto la falta
del resto de tu heredad?
No conserva para siempre su cólera,
pues le gusta la misericordia.
Volverá a compadecerse de nosotros,
destruirá nuestras culpas,
arrojará nuestros pecados
a lo hondo del mar.
Concederás a Jacob tu fidelidad
y a Abrahán tu bondad,
como antaño prometiste a nuestros padres.

Salmo de hoy

Sal 102, 1-2. 3-4. 9-10. 11-12 R/. El Señor es compasivo y misericordioso

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios. R/.

Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa,
y te colma de gracia y de ternura. R/.

No está siempre acusando
ni guarda rencor perpetuo;
no nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas. R/.

Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre los que lo temen;
como dista el oriente del ocaso,

así aleja de nosotros nuestros delitos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 15, 1-3. 11-32

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos».

Jesús les dijo esta parábola:

«Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre:

“Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”.

El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.

Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada.

Recapacitando entonces, se dijo:

“Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”.

Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos.

Su hijo le dijo:

“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”.

Pero el padre dijo a sus criados:

“Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”.

Y empezaron a celebrar el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo.

Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello.

Este le contestó:

“Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”.

Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo.

Entonces él respondió a su padre:

“Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”.

El padre le dijo:

“Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Reflexión del Evangelio de hoy

¿Qué Dios cómo tú?

El título de nuestra reflexión de hoy corresponde al nombre del profeta Miqueas que aparece formulado en el v. 18 del texto, Mikah (“¿quién es como Yahvé?”). El profeta denuncia a lo largo de su libro la injusticia social, el clamor de un pueblo pobre y oprimido. Al final de su predicación profética Miqueas describe a Dios como un pastor pastoreando el rebaño de su heredad, llevándolo a lugares tranquilos de modo que puedan habitar seguros y pastar en libertad. Así actúa Dios con su pueblo, como lo hizo cuando los sacó de Egipto y mostró su capacidad de ser. ¿Quién como el Señor? la respuesta es obvia nadie puede compararse a un Dios que es perdón y misericordia para todo ser humano.

Miqueas va a definir a Dios cómo Aquel que perdona la maldad de la persona y olvida el pecado de su heredad, que no retiene su enojo, ni su ira para siempre; al contrario, se complace en mostrar su misericordia. Dios volverá a tener misericordia de Israel, va a sepultar sus iniquidades y va a arrojarlas en lo profundo del mar. Porque Yahvé es un Dios fiel que mantiene su Palabra, dada a Abraham, a Jacob y sus descendientes. Lo que demanda Dios es bueno para todo ser humano, El busca que el pecador se convierta y vuelva a su presencia. ¿Soy capaz de reconocer mi culpa? ¿Cuántas veces me he sentido fuera de la presencia de Dios?

Un hombre tenía dos hijos

Camino hacia Jerusalén Lucas nos dice que a Jesús le acompaña mucha gente (Lc 14,25). El evangelista dirige su atención a un grupo concreto de gente que se reúnen en torno a Jesús para escucharle: los publicanos y pecadores. Junto a ellos aparece un segundo grupo: fariseos y maestros de la ley que critican a Jesús porque acoge a los primeros e incluso come con ellos. Lucas afirma que el Maestro les contó una parábola. La parábola nos es tan conocida que nos la sabemos casi de memoria. Vamos a fijarnos en la actitud de Padre, un personaje desconcertante, que muestra en todo momento una actitud de total gratitud, acogida, perdón y misericordia.

La reacción del padre ante la vuelta del hijo menor a casa es completamente distinta a lo que el propio hijo espera. Lo ve desde lejos y se le conmueven las entrañas. Se trata de una emoción física, de un sentimiento “visceral” que surge de lo más íntimo. Junto a esta emoción profunda brota una alegría tal que el padre no puede contenerse y arranca en una carrera precipitada con dos acciones: “se echó a su cuello” y “le besó efusivamente”. No se trata de una bienvenida efusiva, sino del perdón paterno hacia ese hijo que se marchó lejos de casa. La misericordia del padre se manifiesta también en una serie de gestos externos: el traje, los criados que lo visten, el anillo en el dedo, las sandalias en los pies, describen cómo el padre reintegra plenamente a su hijo en el seno familiar. El amor del padre y la alegría por recuperar a quién se había perdido han hecho que ya de comienzo la fiesta.

También con el hijo mayor toma el padre la iniciativa ante su negativa a entrar en la casa. Le ruega con tacto, “hijo mío”, le reconoce que no le ha abandonado, que sigue fiel a la hacienda: “Tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo”. Tanto a nivel jurídico como afectivo; el hijo menor recibió

su parte, el resto le corresponde al hijo mayor. Éste ha permanecido en casa, es libre para disponer de los bienes y del afecto del padre. No comprende que todo ello le pertenece. El padre continúa, era conveniente, “este hermano tuyo”: estaba muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y lo hemos encontrado.

Las dos partes de la parábola se cierran subrayando el gran amor del Padre hacia cada uno de sus hijos, un amor y una misericordia que rebasa cualquier perspectiva humana. Un amor capaz de salir al encuentro, de tomar la iniciativa, de ponerse en camino, de acortar distancias, de alegrarse y hacer fiesta. ¿Estamos cerca de hacer nosotros lo mismo?



Hna. Carmen Román Martínez O.P.
Congregación de Santo Domingo

El día **19 de Marzo de 2017** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).